

MÁS EXTRAÑO QUE LA FICCIÓN.

Por Gustavo Chiozza.

Hoy en día no resulta tan extraño que un film se ocupe de contar dos historias distintas que, hacia el final del film, se entrelazan y pasan a formar una sola historia. El film que acabamos de ver parece cumplir esta regla. Por un lado tenemos la historia de Harold Crick, un hombre metódico y solitario, cuya vida aburrida de pronto entra en una crisis que desemboca en que se enamore de Ana, que comience a tocar guitarra y que lo atropelle un autobús. Por el otro, tenemos la historia de Karen Eiffel, una novelista que no puede terminar la novela que está escribiendo.

Sin embargo, cuando comprendemos el tipo de relación que estas dos historias tienen entre sí, resulta bastante extraño que sus protagonistas puedan encontrarse, porque los concebimos como pertenecientes a dos niveles distintos de la "realidad". En efecto, o bien Karen Eiffel es una voz imaginaria, que sólo existe en la mente de Harold –como opina la psiquiatra–, o bien Harold Crick es un personaje de ficción que sólo existe en la mente de Karen mientras escribe su novela *"Impuestos y muerte"*.

Pero estamos habituados a que en la ficción sucedan cosas extrañas, de modo que la duda acerca de qué es real y qué es imaginario pronto queda relegada por otra pregunta: si todo está determinado o si, contrariamente, existe el libre albedrío. ¿Es Harold dueño de su vida y de sus actos?, ¿es Karen dueña de su novela y de su personaje?

El tema del destino inexorable, ha sido siempre una de las grandes inquietudes del ser humano, y numerosos artistas y pensadores se han ocupado de este gran enigma. Lo que, a mi modo de ver, resulta interesante y original del planteo que hace el autor del film, es que aquí la pregunta no es si somos o no, marionetas del destino, sino más bien, si acaso somos personajes de una narración. Una historia que, al modo de la *"Ruinas circulares"* de Borges, crea un narrador. En otras palabras, si nuestra vida, con sus aventuras y desventuras, con sus alegrías y pesares, forman parte de una trama que nos trasciende. No se trata de preguntarse si el sufrimiento y el infortunio son necesarios para el crecimiento y la maduración del carácter, para alcanzar una vida mejor y más lograda; no. Se trata de si el mismo hecho de morir, por ejemplo, puede tener un sentido dirigido a completar una historia; un sentido estético, por ejemplo. En otras palabras, si lo que da sentido a la vida exige siempre, como condición, el mantenerse con vida, o puede ir más allá de la propia vida y sólo alcanzarse con la muerte. ¿Sólo importa la vida y cómo vivimos, o también importa cómo morimos? ¿Hay acaso muertes mejores, más poéticas, o morir es sólo morir y, una vez muertos, nada más importa?

Se trata de un tema filosóficamente tan profundo, que amenaza con relegar al orden de lo banal, el ocuparnos de las escenas y secuencias de este film; pero con ayuda del psicoanálisis intentaremos descubrir la profundidad que, a mi entender, posee la visión del autor sobre este tema. De los múltiples temas que surgen de la riqueza de este film, nos centraremos sólo en este, dejando otros temas para el diálogo posterior.

El film comienza con un pantallazo general de un día en la monótona y rutinaria vida de Harold; un día exactamente idéntico a todos los demás, en los últimos 12 años de su vida. Una voz en *off* describe lo que estamos viendo: *“Esta es la historia de un hombre llamado Harold Crick... y su reloj pulsera. Harold Crick era un hombre de números infinitos, cálculos sin fin y muy pocas palabras. Y su reloj decía menos todavía.”*

Las escenas se acompañan de unos llamativos diseños computarizados de números, símbolos y esquemas. Como espectadores, nos sentimos abrumados frente a este exceso de información y nos cuesta concentrarnos en el relato. Podemos imaginar que, en la mente de Harold, los números, su sorprendente capacidad para los cálculos mentales y los numerosos rituales que llenan su vida, mantienen su cabeza ocupada para que no aparezcan otro tipo de pensamientos; más ligados a deseos y fantasías. Un hecho que adquirirá luego una gran importancia parece desentonar en esta pintura de un hombre obsesionado con la puntualidad: todas las mañanas, Harold llegaba tarde para tomar el autobús de las 8:17.

Su reloj pulsera, coprotagonista de esta historia, parece un símbolo adecuado de esta obsesión de Harold por los números y la puntualidad de los rituales. Pero el reloj también representa al corazón que con su sentir, como un marcapasos, establece las importancias de cada momento vivido. Mientras que para Harold la importancia está puesta en un eficiente ahorro del tiempo –que en el contexto de su solitaria vida, nos parece del todo inútil–, su reloj, en cambio, *“se deleitaba sintiendo el viento fresco sobre su cara”*.

El reloj de Harold, entonces, parece ser un adecuado símbolo de su corazón; de los afectos, deseos y emociones que, relegados por los números y los cálculos, no encuentran lugar en esa vida solitaria. Por eso, es justamente su reloj quien un día decide rebelarse frente a la rutina. *“El miércoles, el reloj de Harold lo cambió todo”*, dice la voz en *off*, y aparecen los elementos de la contingencia que desencadenarán el accidente final en el que Harold es atropellado por el autobús: El niño, feliz de recibir su bicicleta nueva, representa los afectos; la mujer que busca trabajo en los clasificados, representa los deseos. En otras palabras, lo que desencadenará el drama son los afectos y los deseos que Harold reprime.

El primer cambio que ocurre ese miércoles es que Harold, mientras se cepilla los dientes, empieza a escuchar la voz que relata su vida. No parece ser su corazón quien le habla, sino más bien, la voz de la conciencia. Como si en una vivencia de extrañamiento, de pronto Harold se viera a sí mismo frente al espejo y se preguntara *“¿qué sentido tiene lo que estoy haciendo?”*. Sólo que esta voz, que representa lo que estuvo largamente reprimido, se le antoja ajena; como si se viera a sí mismo con los ojos de otro. Por eso intenta encontrar una cámara oculta en el baño y comienza a sentirse perseguido. Pero esta voz no viene de alguien que lo observa sino de alguien que está dentro de sí. *“¿Quién dijo que contaba cepilladas? ¿Cómo sabes que las cuento?”*. Como sucede cuando algo reprimido quiere venir a la conciencia y se nos esfuma cuando intentamos identificarlo, la voz se silencia cuando Harold trata de prestarle atención.

Ahora que la voz ocupa parte de su mente, Harold ya no puede concentrarse, está disperso, su rutina diaria y su capacidad para los cálculos comienzan a resquebrajarse. La voz no sólo es una perturbación sino que también dice cosas que son ciertas, y Harold empieza a tomar conciencia de que está harto de su vida; harto de pasar expedientes como las interminables olas de un océano profundo e infinito. También le dice que fantasea con los senos de la Señorita Pascal; y una vez dicho, Harold ya no puede pensar en otra cosa.

Ana Pascal parece ser lo opuesto a Harold, alguien que abiertamente expresa sus emociones, que rompe las reglas. Si Harold, empieza a dudar de quién gobierna su vida, Ana, en cambio, parece anarquista. En el colmo de la vergüenza y el desconcierto, Harold huye de la panadería y exasperado, mirando al cielo, pide a la voz que lo deje en paz.

En las alturas de un edificio empieza la segunda historia de esta película. Karen, parada sobre su escritorio, imagina que está sobre la cornisa de un edificio, como un dios, mirando hacia abajo las vidas de las personas diminutas. Desde allí, comienza a concebir las primeras versiones del accidente entre el niño en bicicleta y la mujer que busca empleo. Se imagina también, arrojándose al vacío.

Karen está obsesionada con la muerte y con descubrir el modo más adecuado de matar a su personaje. También Karen, como el reloj de Harold, anhela sentir el viento en la cara y por eso fantasea con saltar de un edificio; con la paz y con la serenidad de la muerte. Como si estas fantasías de muerte, paradójicamente, persiguieran el deseo de sentirse vivo; vivir intensamente, sintiendo el viento en la cara.

Podemos trazar un paralelo invertido entre la pareja formada por Karen y su obsesiva y eficiente secretaria Penny, con la pareja que ya conocimos, formada por Harold y su reloj pulsera. La historia de Harold, nos muestra el punto de vista del yo que tiene que lidiar con las pulsiones, representadas por el reloj; la de Karen nos muestra el punto de vista contrario: las pulsiones, teniendo que lidiar con las exigencias de la realidad que impone el yo, representado por Penny.

Volvamos al film. El reloj pulsera ve a Ana en la vereda de enfrente e intenta llamar la atención de Harold. La voz en *off* nos explica que el reloj se volvía loco porque Harold sólo le prestaba atención para ver la hora y no escuchaba lo que trataba de decirle; y entonces el reloj se detiene. Con este sencillo acto, el reloj coloca a Harold en el “*camino inexorable del destino*”.

Si Harold fuera capaz de escuchar a su corazón, vería a Ana y, como todo hombre enamorado, tendría la sensación de que el corazón se le detiene. Pero cuando las emociones se reprimen, retornan a la conciencia como síntomas. Podría ser que Harold sintiera una sensación precordial que lo llevara a pensar, por ejemplo, que está por morir de un ataque cardíaco. El autor elige otro camino: la hipocondría. Harold siente que va a morir; o mejor dicho, escucha la voz que le dice: “*Lo que menos se imaginaba era que este acto, que parecía*

inofensivo, lo llevaría a su muerte inminente". Harold se angustia primero y se enfurece, después: "*¿Cuándo? ¿Cuán inminente?*". Pero la voz ha enmudecido y entonces Harold decide pedir ayuda.

La psiquiatra quiere medicarlo, pero Harold le aclara que no está esquizofrénico. Que la voz no le habla a él sino que habla sobre él. Sospecha que quizás esté involucrado en algún tipo de historia, "*como un personaje en mi propia vida. Pero el problema es que la voz va y viene, como si hubiera partes de la historia que no me dice y necesito saberlo antes de que sea muy tarde*". Como un paciente de psicoanálisis: quiere saber lo que reprime, pero este deseo no basta para cancelar las resistencias y por lo tanto lo inconciente sigue siendo inconciente.

Dado que Harold insiste con ser el personaje de una historia, la psiquiatra le sugiere ver a alguien que sepa de literatura. Es aquí donde la película da un giro tan interesante como original. El film nos presenta a Harold como un hombre enfermo; un hombre que vive una vida sin sentido, alejado de sus afectos y sus deseos. El autor ha sabido captar que en todo hombre enfermo, los afectos y deseos reprimidos pulsán desde lo inconciente para hacerse escuchar, como el *beep* del reloj de Harold. Pero lo más importante es que ha captado que esos afectos y deseos nos llevan a vivir una historia; a ser un personaje cuyas acciones buscan completar una narración. Una historia es una unidad de sentido, y Harold ha perdido el sentido de su vida porque no escucha a su corazón.

Weizsaecker describe al hombre enfermo con una metáfora que se ajusta muy bien a la situación de Harold; dice que el hombre enfermo se halla parado en el camino de su propia vida, obstruyéndose el camino hacia sí mismo. Unas escenas más adelante veremos lo catastrófico que puede resultar intentar impedir que avance la trama de la historia de nuestra vida. Al no haber una historia que avance, la vida pierde su sentido y se vuelve aburrida; como se aburre Harold viendo documentales en su departamento. Pero la trama pulsa por avanzar, y lo reprimido pulsa por satisfacerse; esto nos puede llevar a la enfermedad o, como en este film, empujarnos delante de un autobús. "*Serás lo que debas ser, o serás nada*", decía San Martín.

El trabajo del psicoanalista es descubrir esa historia que se oculta tras los síntomas para volver al punto en el que la trama se detuvo y dejar que otra vez avance hasta su desenlace, o cambie por otra historia. Para el psicoanalista, la voz que narra esa otra historia y que sabe lo que sucederá está en lo inconciente; lo inconciente es como el narrador que, en gran parte, determina lo que sucederá. Aunque a veces, como un acto fallido, pueda parecernos fruto del azar o la contingencia.

El profesor Hilbert decide ayudar a Harold cuando este le cuenta que la voz dijo: "Lo que menos imaginaba él". En literatura eso supone un narrador omnisciente en tercera persona; es decir, que el que narra sabe lo que el personaje ignora. Si lo traducimos a los términos del psicoanálisis, se trata del concepto de *ello*: un sujeto inconciente, que vive, siente y desea, y que se expresa a través de nuestras acciones, determinándolas y dotándolas de su sentido más profundo.

El objetivo de Hilbert es tratar de descubrir en qué historia está Harold, para saber cómo se desarrolla esa historia y cuál será su desenlace. Por ejemplo, –y quizás esto sea lo más interesante del film– si se trata de una comedia o una tragedia. *“Citando a Italo Calvino –dice Hilbert–, el último significado al cual todas las historias se refieren tiene dos caras: Que la vida continúa, y que la muerte es inevitable. Tragedia te mueres, comedia te casas.”* ¿Se trata de una historia en la que triunfa Eros o Tánatos?

En la siguiente escena, Karen, fumando tóxicamente bajo la lluvia, imagina cuál podría ser la muerte de Harold. Penny le ofrece los parches de nicotina diciéndole que podrían salvarle la vida, pero Karen replica: *“No estoy en el negocio de salvar vidas. De hecho es lo opuesto”,* lo cual para Harold significa un mal pronóstico: parece que lidiamos con una tragedia.

Sin embargo hay una luz de esperanza:

*“–La mayoría de los héroes cómicos –dice Hilbert–, se enamoran de personas que se presentan después de que la historia ha comenzado; gente que odia al héroe al inicio. Aunque no imagino a nadie odiándolo, Harold.
–Profesor Hilbert, soy inspector impositivo. Todos me odian. Comencé a auditar a una mujer que me mandó al diablo.
–Eso suena como comedia.”*

En las siguientes escenas Harold, en su libreta, clasifica como “Comedia” o “Tragedia” los eventos que va viviendo con Ana. El malentendido del regalo de las galletas parece inclinar la balanza hacia lo trágico. *“Usted intentaba ser amable y yo lo eché a perder –dice Harold–. Le puede sonar una tontería, pero estoy en una tragedia.”*

Si bien Hilbert le dice que trate de detener la trama no haciendo nada hasta que la trama se manifieste, lo cierto es que el fracasado encuentro con Ana deja a Harold bastante deprimido; sin hacer nada, sólo estar en el departamento y ver televisión. Inesperadamente, a través de una contingencia, la trama se manifiesta demoliendo parte del departamento de Harold y arrebatándole su televisor. Ahora bien, ¿es Tánatos que se manifiesta con su destrucción o es Eros que lo empuja a salir de casa?

Harold no está seguro de si fue la trama la que destruyó su departamento, pero Hilbert no tiene dudas; en su opinión, Harold no controla su destino y, por lo tanto, no hay nada que hacer:

*“–Tiene razón, esa narradora puede de verdad matarlo así que mi humilde opinión es que olvide todo esto y viva su vida; o lo que sea que le quede.
–Pero debe entender que esto para mí no es una teoría filosófica o literaria o una historia. Es mi vida.
–Por supuesto. Entonces haga de ella lo que siempre quiso.”*

No es un mal consejo; satisfacer los deseos es recuperar el libre albedrío. Pero es difícil de aplicar. A parte del deseo de seguir con vida –que, al parecer, no controla–, Harold sólo ha identificado dos deseos en su vida: aprender a tocar guitarra y Ana Pascal. ¿Será eso suficiente para evitar una tragedia? Su reloj ya no se ilumina al ver a Ana y, en casa de Dave, sin Ana, Harold se siente como un hombre invisible.

Pero los deseos de Dave lo contagian, y Harold se compra una guitarra y su vida empieza a cambiar. *“Con cada torpe rasgueo Harold Crick adquiere más confianza en quién es, lo que quiere y por qué esta vivo. Harold ya no comía solo, ya no contaba las cepilladas, [...]. En vez de eso, Harold hacía lo que le aterrorizaba antes, aquello que había eludido de lunes a viernes, durante muchos años. Harold Crick vivía su vida.”* Paralelamente, Karen en el hospital siente que su bloqueo aumenta y cada vez está más lejos de terminar la novela.

“Pero a pesar de resucitar su vida y reanimar sus esperanzas, el viaje de Harold estaba incompleto, y el reloj de Harold no iba a dejar que él perdiera otra oportunidad.” Harold va a buscar a Ana, con el regalo de las harinas; manifiesta su deseo y que ese deseo hace que las reglas ya no le importen. Harold y Ana pasan la noche juntos. *“La vida de Harold estaba llena de momentos significativos y triviales; pero para Harold esos momentos eran totalmente indistinguibles... excepto por este. Cuando Ana suspiró y se acomodó junto a él, Harold supo, en algún lugar de su corazón, que este era un momento significativo. Supo que ella se estaba enamorando de él”.*

Feliz, Harold va a ver a Hilbert para contarle su descubrimiento: Se trata de una comedia; Ana se ha enamorado de él y la voz lo ha confirmado. Pero allí descubre, por fin, la identidad de la narradora: Karen Eiffel. Si bien es cierto que escribe hermosas tragedias, lo importante para Harold es que ella mata gente. Para peor, como sucede con las fuerzas destructivas en lo más profundo del inconciente, Karen no es fácil de rastrear.

Mientras esto sucede en el despacho de Hilbert, Karen por fin descubre la muerte perfecta para Harold. *“Como todo lo que vale la pena escribir, vino inexplicablemente y sin método.”* Sólo falta transcribir en limpio sus notas; *“Lo terminaré hoy”*, dice Karen. La historia de Karen ya encontró su final; es una tragedia. ¿Sucederá lo mismo con la historia de Harold?

Nuestro ánimo se rebela. ¿Por qué tiene Karen que matar a Harold? Vimos el profundo cambio en la vida de Harold; ya no es el hombre solitario y obsesivo, que vivía una vida carente de sentido. Ahora toca guitarra, rompe las reglas y es correspondido en su amor por Ana. Karen lo sabe; ella misma lo escribió. ¿No es acaso suficiente?

Supusimos que Karen representa lo inconciente reprimido de Harold; sus pulsiones, sus afectos y deseos; aquello, en su interior, desconforme con la vida que Harold llevaba. Ahora que Harold experimenta sus afectos y vive una vida llena de momentos significativos, esos deseos deberían estar satisfechos, ¿de dónde proviene, entonces, esta necesidad de que Harold muera?; ¿cuál es la trama que sólo se completará con su muerte?

Para hablar con Karen, Harold debe sumergirse en las profundidades del metro. Ahora se produce la comunicación con lo más inconcientemente reprimido. La palabra clave es el primer acto de conciencia de Harold, cuando descubre que su vida lo aburre: *“Cuando archivo escucho un océano profundo e infinito”*.

Harold le pide que no lo mate; *“ahora que me conoce y ve que existo, no querrá matarme, ¿o sí?”*. Pero Karen está desconcertada, *“sólo trato de escribir un libro”*. La discusión termina cuando Penny, sugiere a Karen que deje que Harold lea las notas que contienen el final de su vida. Harold, *“tal vez muerto pero sin mecanografiar”*, pide a Hilbert que lo lea primero. Es el psicoanalista quien primero ve lo reprimido y luego busca la forma de que el paciente lo pueda tolerar en su conciencia.

Mientras Hilbert lee, volvemos a las contingencias que desencadenarán el final de la trama: la mujer encuentra trabajo como conductora de autobús, y el niño sale en su bicicleta a explorar un mundo nuevo para él. El veredicto de Hilbert es que la novela es la obra maestra de Karen, y que Harold debe morir; de otra manera el final no funciona. *“¿Me está pidiendo que encare mi muerte?”*. Harold llora e implora; promete cambiar, ser otro, dejar su trabajo, irse con Ana. Pero Hilbert se muestra inflexible: *“En el gran esquema no funcionaría. [...] Nadie quiere morir pero infelizmente morimos. Morirás algún día, alguna vez. Ataque cardíaco en el banco, ahogado con una menta, un larga enfermedad que contrajiste en vacaciones. Morirás. Por supuesto morirás. Aunque evites esta muerte, otra te encontrará. Y te garantizo que no será tan poética o significativa como la que ella escribió. Lo lamento pero es la naturaleza de todas las tragedias. El héroe muere pero la historia vive por siempre.”*

En una lograda metáfora, durante un único y largo viaje en autobús, Harold lee, en la novela, la historia de su vida. Mientras tanto, Karen se siente responsable de ocho muertes. Le dice a Penny, que lo que hace no le parece ficticio sino cruel. ¿Es de veras así? Contrariamente, Harold piensa que la novela es hermosa; que sólo hay un modo de que termine y que cree que Karen debe terminarlo. Así el autor nos deja con una pregunta: ¿las tragedias son necesarias, o simplemente son algo cruel? Sería injusto que el espectador deba responder, cuando aún no ha visto el final sobre el que todos los personajes opinan. Entonces veamos el final.

Harold, conciente ahora de su destino, sigue con su vida normalmente, aunque intentando dejar terminados los asuntos pendientes. Intenta también solucionar los problemas impositivos de Ana, de modo que no vaya a la cárcel. Esa es su manera de hacer del mundo un lugar mejor.

“Muchas cosas han cambiado para Harold en las últimas semanas. Su actitud hacia el trabajo, su conteo habitual, su vida amorosa. Pero de todos esos cambios el más significativo para la vida de Harold es que no se retrasó para tomar el autobús de las 8:17”. Vale que nos preguntemos lo siguiente: ¿ese es el acontecimiento más significativo sólo por sus consecuencias, o también por sus causas? Descubrimos que cuando el reloj se detuvo al ver a Ana, la vida de Harold se desajustó. Ahora que su vida tiene sentido, Harold ya no necesita

rebelarse y llegar tarde para tomar el autobús. Ahora Harold está abierto a las importancias verdaderas, y por lo tanto, dispuesto también, a dar su vida por lo que cree que vale la pena: Salvar al niño.

Tal vez ahora, que sabemos el final, podemos comenzar a intentar algunas respuestas. Es cierto que la trama no estaba completa. Si bien Harold hizo muchos cambios en su vida, aún persistía en su inconciente algo que seguía empujando hasta ponerlo delante del autobús. Algo que seguía insatisfecho aún cuando Harold tocara guitarra y viviera su romance con Ana. Se trata de algo más profundo; un sentido que va más allá de la existencia egoísta e individual; un sentido que trasciende la propia vida y se vuelca en algo mayor. Un deseo de trascendencia que ya había aparecido en el film cuando Ana hablaba de hacer del mundo un lugar mejor. Ese deseo ahora aparece simbolizado en salvar al niño ofreciendo para ello el bien máspreciado: la propia vida.

¿Es posible mantener la vida, para el usufructo personal, y al mismo tiempo satisfacer el deseo de trascender la propia existencia individual?

El análisis de Harold llega a su punto más profundo y Hilbert, como símbolo del psicoanalista, por fin se encuentra con Karen, símbolo de lo inconciente en Harold. Karen ha cambiado, se la ve menos tóxica, menos neurótica y menos tanática. Quizás está también más satisfecha. En el nuevo final Harold sobrevive al accidente gracias a una esquirla de su reloj que evita una hemorragia que lo hubiera matado en tres minutos. Son los mismos tres minutos que ocasionaron que Harold asistiera puntualmente a su cita con la muerte; pero también que llegara a tiempo para salvar al niño.

Hilbert, parece desilusionado por el nuevo final. Se ha perdido una hermosa tragedia. Su veredicto es que “está bien”; nada del otro mundo, sólo eso. Karen dice que puede sentirse satisfecha con “eso”. Hilbert quiere saber por qué lo cambió, ¿acaso porque Harold es real? Karen le responde que *“Es un libro sobre un hombre que no sabe que va a morir y luego muere. Pero si el hombre sabe que va a morir y muere voluntariamente, sabiendo que podría evitarlo, entonces... ¿no es el tipo de hombre que uno quiere mantener vivo?”*

Por fin podemos dar una respuesta a las preguntas que venimos postergando; si la tragedia es necesaria o sólo algo cruel; si es necesario que Harold muera o hay alguna manera de mantenerlo con vida y que su afán de trascendencia quede igualmente satisfecho. Podríamos decir que no es necesario que Harold *muera*, pero sí que *esté dispuesto a morir*; a dar la vida por algo; a vivir de un modo en el que la propia vida no sea la última de las importancias. En otras palabras, poner la propia vida al servicio de algo aún más importante. Ese es el sentido de la vida que Harold había perdido y que tan fastidiado tenía a su reloj; ahora, él y su reloj deberán vivir juntos para toda la vida, porque Harold podría morir desangrado si intentaran sacarle la pieza de su reloj incrustada en la arteria.

Las últimas imágenes nos muestran, esta vez, la transformación de Karen, ya que el libro que hablaba sobre la muerte termina hablando de cómo vivir. Se trata de escenas que muestran

que, cuando nos invade el miedo y la desesperación porque vivimos en la rutina y la constancia; cuando nuestra vida se torna una tragedia sin esperanza, sólo tiene sentido disfrutar tocando guitarra si uno vive una vida compartida; en el consuelo que se da y que se recibe, en el gesto amable y cariñoso, en el abrazo amoroso, en la mano amiga. Vivir es siempre *convivir*; y esas contingencias y sutilezas, que solemos considerar un accesorio de nuestra vida, algo accidental, están aquí para salvarnos. Como el reloj salvó a Harold.

También las hermosas tragedias son necesarias. Están para enseñarnos que a veces es necesario arriesgar la vida; taparse la nariz y tirarse a la pileta. Pero no necesariamente nuestra vida debe ser una tragedia. Mucho mejor es que, habiendo comprendido el más profundo y verdadero sentido de nuestros actos, hagamos de nuestra vida una hermosa comedia. Porque en la comedia, el final es sólo el final de un capítulo en la vida del héroe. Mal o bien, esta película terminó. Pero no terminó con la vida de Harold; de modo que se abre la esperanza de que la historia de Harold y su reloj pulsera pueda continuar y transformarse siempre, en una historia aún mejor.